

El Vía Crucis de María

Autor: Dr. Tomislav Ivancic

Prefacio

¿Por qué rezamos el Vía Crucis de María? La Madre de Jesús miraba desde su lugar el de su Hijo hacia la muerte, lo experimentaba con todo su ser y así, Ella misma también vivía su propio Vía Crucis. El profeta Simeón le había dicho en el templo: "Este Niño ha sido puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y para ser señal de contradicción. Una espada traspasará también tu propia alma, a fin de que sean revelados los pensamientos de muchos corazones".

Nuestra Señora sufrió su Vía Crucis unido al de Jesús. El Concilio Vaticano I dijo que la Bienaventurada Virgen María conservó fielmente la unidad con su Hijo hasta la Cruz, a quien acompañaba mientras sufría y a quien, con corazón materno, se le unía en el sacrificio, aceptándolo con amor. Ella, conscientemente, tomó parte en su sufrimiento por concebirlo, por alimentarlo, por presentarlo en el templo al Padre, por sufrir con Él mientras moría en la Cruz. De manera muy especial, hace la parte de la obra del Salvador, con su obediencia, fe, confianza y amor fervoroso al renovar la vida sobrenatural de las almas. Por eso, se convirtió en la Madre de la orden de la misericordia. Estas son las razones por las cuales debemos caminar el Vía Crucis de María a su lado, junto a ella, así conoceremos la realidad y el sentido aún más versátil del Vía Crucis de Jesús desde la fortaleza Antonia al Gólgota.

Para que el Vía Crucis sea más directo, trata de "escucharlo" de los labios de la Virgen María. Esta forma no es ninguna novedad en la devoción mariana de los cristianos. Existen 'varios "Lamentos de María", poemas en que la Virgen habla al alma cristiana. Para que estas palabras sean más auténticas, trata también de tomarlas de los Evangelios. Si, por lo menos una persona a través de este Vía Crucis, reconoce a Jesús y a Su Madre, será ésta razón suficiente de su aparición.

Oración introductoria

Padre, presiento la riqueza indescriptible del camino de Jesús hacia la muerte en la Cruz. Acudo a María, la mujer que Tú escogiste para que fuese la madre de tu Hijo y así aprender de Ella a entender cómo Jesús, a través de la pasión en la Cruz, redimió al mundo.

Inspírame con tu Espíritu, para que pueda seguirla y así, acercarme a tu Hijo y por Él a Ti. Amén.

Primera estación: Jesús es condenado a muerte

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del santo *Evangelio según San Mateo*:

“Mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los notables, no contestaba nada. Entonces Pilatos le dice: - ¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti. Él no contestó una sola pregunta, de modo que el gobernador estaba muy extrañado... Al ver Pilatos que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia del pueblo diciendo: - soy inocente de esta Sangre ¡Allá vosotros! Y el pueblo contestó: - ¡Su Sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Entonces les soltó a Barabás, y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.”

Cuando el *ángel* me anunció que daría a luz un hijo, con mi “hágase” me ofrecí toda a ese Hijo y a su misión. Me puse a su lado sin vacilar y decidí creer en su misión sin detenerme. Desde entonces, mi vida no tenía otro sentido, lo tenía solo en Él.

Entonces lo observaba delante de Pilatos. Mi pueblo lo habla condenado, rechazado y entregado a los Romanos, ocupadores de mi pueblo, para que le condenaran también.

Me di cuenta de que ahí, yo también era una condenada, igual que Él, todo mi deber estaba relacionado con Él, toda mi felicidad era Él y todas sus obras. Allí, era condenado mi deber, mi sentido y mi dedicación.

Era, igual que Él, rechazada. Aquello para mí era el fin, el camino último de la vida. Yo era, junto con Él, una condenada a muerte.

¿Sabes cómo se siente uno al sentirse rechazado, condenado y tirado al suelo todo lo que había amado en su vida? ¿Qué hacer?

Quédate con Jesús porque Él te recibe aun cuando estés decepcionado, triste o llorando. Con Él todo lo que ya no tiene sentido, tendrá un sentido nuevo. Dame tu mano para llevarte a mi Hijo.

Cuando andas investigando el mundo, no esperes que te aplaudan, no esperes premios, sino mejor, mira si lo que haces es la belleza auténtica y viso de la verdad.

Que tu búsqueda y tu afán por el amor y la verdad sean silenciosos. Las opiniones de los hombres son fragmentarias, Dios ve la totalidad. No tengas miedo ante las condenas de los hombres. Entrégate a la justicia de Dios, Él es quien decide.

Peque Señor pequeño, ten piedad y misericordia de mí.

Segunda estación Jesús carga con la Cruz camino del Calvario

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Santo Evangelio según San Juan.

“Entonces Pilatos se Lo entregó para que Lo crucificaran. Tomaron a Jesús y él cargando con la Cruz, salió al sitio llamado “de la Calavera” (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron, y con Él a otros dos, uno a cada lado, y en medio a Jesús”

Miraba a mi Hijo cómo andaba por las calles de Jerusalén, sangrante, sudado, exhausto y así cargaba esa pesada Cruz de madera en la que iba a expirar. Le di la vida terrena y mis convivientes, quienes nos rodeaban, querían quitársela.

Durante más de treinta años construyó su futuro y yo estaba muy orgullosa por ello, vivía por Él. En estos momentos, dentro del torbellino del odio, miraba consternada cómo caminaba hacia la muerte y yo era incapaz de hacer nada para ayudarle.

La voluntad infinita de socorrerle y la indescriptible impotencia de no poder hacerlo se agolparon en mí *como* un cólico doloroso. Surgió entonces una pregunta llena de angustia: ¿Por qué el mal es tan poderoso en el mundo? ¿Existe acaso algún rincón donde la bondad reine y la justicia ilumine a los hombres?

Reconocí que mi Hijo es ese rincón en el mundo. Él quiso tomar la multitud de los males en sus hombros, para que muriesen en su muerte. Esa luz temblorosa me daba las fuerzas para seguirle.

El mal es la fuente del sufrimiento, pero el sufrimiento aceptado vence al mal. La grandeza y el sentido de la vida nacen a través de la confrontación valiente con lo malo, en el sufrimiento. Cuando pierdas a tus seres queridos, mira hacia delante, hacia el reencuentro en la eternidad y no hacia el vacío que queda detrás de ellos, ya que esto es una amenaza para encerrarte en la compasión por ti mismo.

He pasado por ese camino para poder tomar tu mano y consolarte. Estoy fielmente a tu lado, no tengas miedo.

Peque Señor peque, ten piedad y misericordia de mí.

Tercera estación Jesús cae por primera vez bajo la Cruz

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura de la Primera Carta del Apóstol San Pedro.

“Cristo padeció Su Pasión por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis Sus Huellas. Él no cometió pecado, ni encontraron engaño en Su Boca; cuando Lo insultaban, no devolvía el insulto, en su Pasión no profería amenizas; al contrario, Se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus Heridas os han curado. Andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras vidas”.

Mientras Jesús caía, casi grité por el miedo de que la cruz le aplastase. En mi corazón había un solo deseo: que se levantase y siguiese viviendo. Era un consuelo muy débil, porque Él iba a la muerte. Soy su madre y cada momento que prolongase su vida era una luz de esperanza para mí.

Hubiera dado todo para poder liberarle de la multitud que le arrastraba hacia el Calvario. Pensé: si tan solo no llegásemos allí, si solo apareciese alguna salvación milagrosa... y así rogaba mi corazón. Él debía morir y la muerte estaba por llegar. Me había hablado de eso muchas veces y yo lo comprendía todo pero el corazón de una madre no lo acepta.

Con Jesús yo también moría porque lo amo y creo en Él. Los pasos del hombre hacia la muerte no pueden retrasarse. La vida la tenemos para darla, no para guardarla.

Es inútil luchar para que se guarde lo que no es guardable, Dar, regalar, es el sentido del hombre.

Cuando caigas, levántate para dar más amor a alguien. Sé valiente, pasa por el mundo haciendo el bien. No olvides, mi oración te acompaña y te guía, no te perderás, estarás donde Yo esté.

Peque Señor pequeño, ten piedad y misericordia de mí.

Cuarta estación Jesús encuentra a su afligida madre

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas.

"Su Padre y su Madre estaban admirados por lo que decía de él.

Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: -Mira éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten, será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Ya ti una espada te traspasará el alma".

Ni siquiera sé cómo, pero de repente nos encontramos en el camino hacia el Calvario.

Jamás olvidaré esa mirada profunda de mi Hijo, como si hubiera buscado a alguien quien entendiese esa condena tan absurda. Todos decían que Él era el traidor del pueblo y que según la ley de Moisés, debía entregar la vida. Yo soy judía y la ley para mí es sagrada. Mi corazón se rompía. Le miré a los ojos para que supiera que con todo mi ser estaba a su lado. El mal sedujo a los hombres para que no viesen que Jesús es el hijo de Dios y el salvador del mundo.

Sentía gran pena, porque no había nadie entre los hombres que quitase la máscara de la lógica aparente del poder del mal.

Mi Hijo estaba seguro de que yo le seguiría hasta el fin, para vivir resucitada con El en el otro lado de la muerte.

Consolar es decirle a quien está a tu lado que permaneces con Él, que no lo abandonarás, que le serás fiel, con alguien que te acompañe, se pueden evitar todas las muertes y revivir al alma muerta. El amor es el corazón de la fidelidad.

Peque Señor peque, ten piedad y misericordia de mí.

Quinta estación Simón de Cirene ayuda a Jesús cargar la Cruz

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas.

"Terminada la burla, Le quitaron la púrpura y Le pusieron Su Ropa. Y Lo sacaron para crucificarlo. Y a uno que pasaba, Simón de Cirene, que volvía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, lo fuerzan a que lleve la Cruz. Y Lo llevaron al Gólgota (que quiere decir lugar de "la Calavera").

De repente vi que el cortejo se detuvo. Me tembló el corazón. ¿Qué ocurre? Entonces vi cómo obligaron a Simón de Cirene a que cargase la Cruz de mi Hijo. Miré como detrás de Simón iba Jesús, titubeando por el cansancio. Yo tenía la sensación del dolor de cada una de sus heridas. Creía que habla un sentido en el rechazo que le tenían. Solíamos hablar de eso muy a menudo durante noches largas, especialmente después de la muerte de José. Pero, me preguntaba ahora a mí misma si habría dolor semejante al mío ... En ese estado, la bondad ilumina al hombre, añadiéndole la fuerza para no hundirse.

Vi esa bondad en Simón, que ayudaba a mi Hijo a cargar la Cruz; ya no estaba sola al lado de mi Jesús. El mal iba perdiendo su fuerza y credibilidad.

Sabes, la bondad se expande muy pronto de corazón a corazón. Hay bondad en cada persona, ella es tu cómplice.

Todos los hombres, en la profundidad iluminada de sus corazones, están contigo. Ahí está escondido el fósforo de la compasión. Cuando el fósforo se inflama, quema todo el mal. La llama del amor destruye muchas culpas y delitos y por eso hay lugar para la esperanza en el mundo.

Peque Señor pequeño, ten piedad y misericordia de mí.

Sexta estación Verónica ofrece su pañuelo a Jesús

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Profeta Isaías.

"Lo vimos sin aspecto atractivo, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante El Cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros dolores; nosotros Lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre Él, sus cicatrices nos curaron".

Veía la faz de mi Hijo: ensangrentada, sudorosa y deformada. Si tan solo hubiese podido enjugar su rostro ... Verónica leyó ese deseo en mis ojos, se esforzó en llegar hacia Él y le ofreció su pañuelo. Lo tomo y enjugó su rostro. Eso me dio consuelo por un instante y Jesús vio que habla quienes estaban a su lado. Cuando Verónica regresó, ambas contemplamos el rostro de Jesús en el pañuelo.

La imagen de Dios está en el rostro de cada persona que sufre. "Todo lo que haces a uno de mis hermanos, me lo haces a mí", dijo Jesús. Es bueno curar las cicatrices de los rostros de los hombres, para que en ellos brille el rostro de Jesús. A Dios se llega a través de amor hacia el hombre. Ahí es donde se experimenta enseguida la cercanía del Señor. Es necesario esforzarse en caminar hacia el hombre, entender sus lamentos, permanecer al lado de quien está abandonado.

El cortejo de Calvario se hace presente en las calles de los pueblos y las ciudades. Jesús transita el Vía Crucis dentro su Iglesia. Él es quien sufre dentro de los que sufren y está llamando a los corazones de Verónicas para que se acerquen, enjuguen el sufrimiento y vuelvan con su rostro impreso en el alma. La mayor felicidad es poder hacer el bien a los demás.

Peque Señor peque, ten piedad y misericordia de mí.

Séptima estación Jesús cae por segunda vez bajo el peso de la Cruz

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Profeta Isaías.

"El Señor Dios me ha abierto el Oído, y, Yo no me he rebelado, ni me he echado atrás. Ofrecí La Espalda a los que me golpeaban, La Mejilla a los que mesaban Mi Barba. No oculté El Rostro a insultos y salivazos. Mi Señor me ayudaba, por eso no quedaba confundido, por eso ofrecí El Rostros como pedernal, y Sé que no quedaré avergonzado

Caer bajo el peso de la Cruz significaba abrir nuevas heridas. Jesús ya era toda una herida. Cada caída podía ser la última, por causa de una herida nueva o por la rabia de los soldados. Por eso, cada tropiezo de Jesús me dolía mucho. Sabía que Jesús es Hijo de Dios y no únicamente mi Hijo.

Como una espada clavada en el corazón, así sentí la crueldad humana. Ellos mataron a su Creador con sus enormes desprecios. ¿Qué puede esperar el mundo del futuro mientras está matando a su fuente, al Todopoderoso, a las raíces y al corazón de su ser? Es un milagro que el mundo todavía exista.

¿Qué es lo que lo sostiene? Lo sostiene mi Hijo bajo el peso de la Cruz. Sobre sus hombros ha caído toda la malicia del mundo. También hoy, Él es quien lo soporta para que no se precipite hacia la autodestrucción; solo por eso tiene futuro. Jesús cae para que el mundo se levante a un nivel espiritual de amor hacia la humanidad y existe porque Jesús lo ama. Apóyate en su caída y permanecerás en pie y fiel. Te ofrezco mi mano, Te guiaré para que ames al mundo igual como lo ama Jesús.

Peque Señor peque, ten piedad y misericordia de mí.

Octava estación Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas.

“Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se daban golpes y lanzaban lamentos por Él. Jesús se volvió a ellas y Les dijo:

Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: “Dichosas las estériles y los Vientres que no dan a luz, y los pechos que no han criado”. Entonces empezarán a decirles a los montes: “Desplomaos sobre nosotros”, y a las colinas: “Sepultadnos”; porque si así tratan Al Leño Verde, ¿qué pasará con el seco?

En medio de los *gritos*, maldiciones, burlas y confusión, se oyó el llanto, las voces de la tristeza. De los ojos de las mujeres de Jerusalén salían lágrimas. Pensé cómo iba a reaccionar Jesús... Él aceptó el amor que le tenían y comenzó a consolarlas. Les advirtió la seriedad de la existencia humana. Si el Hijo de Dios sufre la rabia de la maldad humana, significa que por ese camino irían también sus seguidores. Es necesario entonces llorar por toda la humanidad. El sufrimiento más grave no es el físico, sino que el peor y el más doloroso es el moral, porque ese no lleva a la muerte física sino a la muerte eterna.

El mundo está impregnado de estos suplicios. Jesús flora por ello y a ellos se enfrenta, decidido a desenmascararlos y destruirlos. Hay sufrimientos por los cuales uno tiene que agradecer a Dios porque son redentores y hay algunos físicos que ayudan a superar los morales, a volver hacia lo legítimo de la conciencia y del Evangelio. Los sufrimientos de los mártires y héroes nos levantan y nos animan. Hay que dar la vida por lo que merece la pena vivir y morir. Solo así, la vida se conserva y multiplica. No esperes la consolación de los hombres en ese camino, aunque sea algo noble, porque no te fortalecerán para grandes obras. En *los* momentos de angustia y dolor, busca consuelo de Dios. Únicamente en Dios se encuentra la fortaleza y la salvación, confía en Él en todo momento.

Peque Señor pequeño, ten piedad y misericordia de mí.

Novena estación Jesús cae por tercera vez bajo el peso de la Cruz

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa *Cruz* redimiste al mundo.

Lectura de la Carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses.

“Cristo, a pesar de Su condición Divina, no hizo alarde de Su categoría de Dios; al contrario, se despojó de Su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el “Nombre sobre-todo-Nombre”; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble —en el Cielo, en la Tierra, en el Abismo- y toda lengua proclame.’ ¡Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre!

Ninguna caída pudo detener a mi Hijo para que no llegase al Calvario. Había una fuerza incomprendible que lo impulsaba. Igual que nosotros nos esforzamos por conservar la vida, así se esforzaba Él por entregarla. Jesús vivía en una dimensión muy distinta a la que viven los hombres. Caer y gritar de dolor bajo el peso de las tentaciones no es señal de debilidad sino caminar hacia la trascendencia. Las caídas nos recuerdan quiénes somos, de qué fuimos creados y hacia dónde vamos. Nos advierten que somos pasajeros y no habitantes de esta tierra. Hay que enraizarse a lo que no se acaba, a las virtudes del espíritu, a Dios y a su plan para nosotros. Cuando nos olvidemos de esto llegarán los golpes, las enfermedades y el dolor nos recordará que una vez más hemos rechazado la auténtica meta. La cercanía de la muerte nos convencerá de que es urgente regresar hacia la búsqueda de la verdad y a la entrega al Amor. Todos estos son mensajes del cielo, enviados para que no nos perdamos.

No temas, el amanecer vendrá, las tinieblas desaparecerán, los enemigos del hombre se perderán. No te detengas en el pecado de este momento, en la enfermedad presente, en la decepción de ayer ni te fijes en lo negativo.

Los golpes están aquí para abrirnos los ojos y *volvernos* al Padre.

Peque Señor peque, ten piedad y misericordia de mí.

Décima estación Jesús es despojado de sus vestiduras

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Santo Evangelio según San Juan.

“Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron Su Ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la Túnica. Era una túnica sin costuras, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: - No la rasguemos, sino echemos a suertes a ver a quién Le toca. Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron Mis Ropas y echaron a suerte Mi Túnica". Esto hicieron los soldados.”

Mientras voy subiendo al Calvario detrás de mi Hijo recuerdo las palabras proféticas de Simeón: una espada atravesará tu corazón.

Jesús fue rechazado y condenado injustamente. Le golpearon, azotaron, escupieron su rostro, hicieron sangrar su cabeza con la corona de espinas, cargaron sobre sus hombros una cruz muy pesada y le llevaron junto con dos criminales al lugar de la crucifixión. Le quitarón Su honor, la libertad, la vida. Tiraron al barro su dignidad y violaron profundamente su intimidad. De esta forma, querían despreciarlo y echarlo fuera del mundo de los vivos y de la historia de la humanidad. Todas esas espadas me traspasaron el corazón y me hirieron en lo más profundo de mi ser.

Soy su madre y por eso añoraba que fuese grande, honrado, feliz y libre. Creía en su mandato de mesianismo. Ahora tenía que buscar dentro de mi corazón nuevamente y sólo así pude estar cerca de Él; debía renunciar a todos los sueños de madre y aceptar la voluntad de Dios. Sabía que ningún pensamiento humano tenía que quedar dentro de mí, sino dejarlo todo y revestirme con la mentalidad de mi Hijo.

Mientras transcurra tu vida y los años vayan pasando, tal como pueden cambiarse y quitarse los vestidos, no te lamentes. Vístete con lo que no es pasajero, con lo que es de Dios, con lo celestial. Ahí está la fuerza para resistir los golpes que te da la vida, pues vendrán a cuestionar, atentar la fuerza de tu fidelidad a la infinita misericordia de Dios.

Peque Señor pequeño, ten piedad y misericordia de mí.

Undécima estación Jesús es crucificado

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas.

"Cuando llegaron al lugar llamado "La Calavera", Lo crucificaron allí, a Él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía:- Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen... El pueblo estaba mirando, Las autoridades Le hacían muecas diciendo: - A otros ha salvado; que se salve a Sí Mismo, si Él es el Mesías de Dios, el Elegido. Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: - Si eres tú el Rey de los Judíos, sálvate a Ti Mismo. Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: "Este es el Rey de los Judíos".

Observaba mientras lo crucificaban. Él ya no podía ir por el mundo curando cada enfermedad y cada dolencia. La Cruz era su última estación. Observaba que lejos se me iba, se iba de mi vista y no podía detenerle. Él se iba y yo me preguntaba si existiría siquiera un lugar en la tierra donde podría vivir.

Todo lo que tenía y todo lo que era, se iba con Él. ¿Cómo volver del calvario si yo ya no existía, si estaba clavada en la Cruz con Él, si estaba muriendo? Mientras se oía el pérvido ruido de los golpes del martillo, una especie de horror llenaba todo el calvario. Ahí era donde la humanidad estaba matando a su Creador. Ahí fue donde la malicia del mundo llegó a su colmo. ¿Quién limpiaría el mar de la maldad en el mundo?

Mi Hijo Jesús dejó que el infierno del mundo cayese sobre Él para tirarlo en la muerte junto *consigo y con la resurrección crear un mundo mejor.* Eso me daba las fuerzas para aguantar toda la crueldad de los asesinos y los jueces.

Lo importante es que el espíritu sea fuerte, así el cuerpo, que es débil, también soportará.

Peque Señor peque, ten piedad y misericordia de mí.

Duodécima estación Jesús muere en la Cruz

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Santo Evangelio según San Mateo.

“Desde el mediodía vinieron las tinieblas sobre toda aquella tierra hasta la media tarde. Y hacia la media tarde, Jesús exclamó con Voz potente:

-Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

En seguida uno fue corriendo, cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola a una caña, Le daba de beber...

Y Jesús, gritando de nuevo con Voz potente, exhaló Él Espíritu...

El Centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, se aterrorizaron y dijeron: -Realmente éste es El Hijo de Dios.”

Un grito doloroso Se extendió por el Gólgota cuando elevaron a mi Hijo en la Cruz, Recordaba cómo Abraham, el padre de mi pueblo, iba a sacrificar a su hijo Isaac, cómo mi pueblo sacrificaba al cordero de Pascua ... sacrificios innumerables se ofrecían en el templo de Jerusalén. Ahora se ofrecía el sacrificio único, divino, cordero sin pecado, Hijo de Dios e hijo mío. La historia de la humanidad ahora es libre de la esclavitud de las culpas y goza de entrada libre a la patria en la que entró primero mi Hijo a través de la muerte. Se acabó la esclavitud y comenzó el retorno universal al Padre.

La Cruz es el nuevo altar. La ofrenda, el sacrificio no significan destrucción sino transformación, no es la muerte sino la vida, no es el fin sino el comienzo.

Oí cómo Jesús entregó *su* vida en las *manos* del Padre; yo también se lo ofrecía y me entregaba a mí misma al Todopoderoso. Entonces Jesús me confió a Juan y a todos los que son fieles a Su camino. Me hizo madre de multitudes de pueblos. Luego expresó su obediencia al Padre diciendo: “Todo está cumplido”, todo aquello que quiso el Padre. Un Mundo nuevo se iniciaba. En el Calvario se acabó el camino del mundo viejo. ¡Vuélvete a casa y cree en la Buena Nueva!

Peque Señor pequeño, ten piedad y misericordia de mí.

Decimotercera estación Jesús es bajado de la Cruz

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Santo Evangelio según San Juan.

"Los judíos, como era el día de preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel Sábado era un Día Solemne, pidieron a Pilato que les quebrara las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con Él, pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no Le quebraron las Piernas, sino que uno de los soldados con la lanza le traspasó El Costado y al punto salió Sangre y Agua. .. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: "No le quebrarán un hueso"; y en otro lugar la Escritura dice: "Miraran al que atravesaron."

Después de que el mal expresara hasta su última gota la rabia a Jesús, pudimos acercarnos y encargarnos de su cuerpo muerto. Mientras le tenía en mis brazos, recordé el momento en que en el pesebre le tomé por primera vez.

Nació en el destierro y sería enterrado en el destierro. Nació en una casa que no era la suya y le enterraríamos en un sepulcro perteneciente a otro hombre.

No tenía dónde reposar la cabeza; no le recibieron en Belén, en Nazaret quisieron tirarle de una roca, en Jerusalén le crucificaron. Mientras miraba su cuerpo muerto, la espada de dolor abrió una nueva herida. El cuerpo que llevé bajo mi corazón con el más tierno amor, que alimenté y acaricié, estaba masacrado, mutilado, apuñalado, era difícil reconocerlo.

Unos treinta años atrás, le había traído a este mundo y en ese momento era o quien había de llevarlo fuera de este mundo. Por entonces estaba alegre y orgullosa de haber dado a luz a mi Hijo, pero en aquel viernes le estaba preparando para enterrarlo, humillada e infinitamente triste,

Mientras José de Arimatea y Nicodemo, junto a Juan y las mujeres, bajaban de la cruz el cuerpo de mi Hijo, mi mirada se fijaba en el leño de la cruz.

Al comienzo de la humanidad, del árbol del conocimiento del bien y del mal, el primer hombre y la primera mujer habían tomado el fruto de la desobediencia y la desconfianza hacia su Creador. Ahora estábamos tomando de la madera de la cruz a mi Hijo, cuya misión era cumplir la voluntad del Padre. Pensé: aquí se está terminando la desdicha de la humanidad.

Es importante descubrir el plan de Dios, aunque sea en el sufrimiento más absurdo, tomar el pensamiento del Creador y dentro de él encontrarle un sentido. Entonces será posible soportar todas las humillaciones e injusticias. Sobre el sufrimiento de Jesús flotaba la esperanza de la resurrección y era eso lo que me sostenía.

Peque Señor pequeño, ten piedad y misericordia de mí.

Decimocuarta estación Jesús es colocado en el sepulcro

Te adoramos, Cristo y Te bendecimos, Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lectura del Santo Evangelio según San Juan.

“ José de Arimatea fue y se llevó el Cuerpo de Jesús. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verle de noche, y trajo unas cien libras de mixtura y áloe. Tomaron El Cuerpo de Jesús y se lo llevan todo, con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo, donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.”

Era ya la puesta del sol. Teníamos que darnos prisa con el entierro porque era sábado por la tarde y la preparación de la pascua judía. Mientras íbamos hacia el sepulcro, no pude conformarme con la idea de la despedida final. Él nos había dicho a mí y a los discípulos que el tercer día iba a resucitar. Eso me daba esperanza ... imaginaba que iba a nacer de nuevo al mundo, que vencería al Mal y establecería relaciones fraternas entre los hombres. Tal como creí al Ángel Gabriel cuando me dijo que Jesús iba a nacer de mí, así le creí a Jesús cuando me dijo que iba a nacer de nuevo de las entrañas del sepulcro. Algo indestructible se percibía en el aire. Los adversarios tenían miedo al sepulcro, los apóstoles presentían la resurrección y yo rezaba y confiaba. Mi corazón de madre me decía que las palabras de mi Hijo se cumplirían. Pasó la noche esperando, sin dormir, aguardando el tiempo con impaciencia para que terminase el sábado cuanto antes y con amor confiaba en que su sepulcro se convertiría en lugar de una vida transformada. Los guardias aseguraron el sepulcro y los apóstoles hablan cerrado las puertas con llave, por temor a los judíos. Me parecía que el tiempo no pasaba, como si los cielos y la tierra hubiesen detenido el aire ante la espera de lo que iba a suceder. El Hijo de Dios había cumplido todo lo que el Padre quería. Ahora tenía que actuar el Padre.

Los sepulcros ya no son lugares de tristeza desesperada ni de la última despedida porque el Hijo de Dios bajó al sepulcro. La vida eterna nace.

Peque Señor pequeño, ten piedad y misericordia de mí.

La Resurrección

En la mañana del domingo, el alba de la nueva humanidad se levantaba. Todo ocurría tan rápido como la luz de un rayo. El ángel abrió el sepulcro y los guardias temblaban por el temor. Las mujeres corrían a compartiría noticia, mientras que Joan y Pedro corrían sin ni siquiera respirar para convencerse de que lo que ellas decían era cierto. Jesús apareció vivo, transformado, a la derecha del Padre, Rey de los Reyes y señor de los Señores. Como un tiro de piedra se estaba propagando el mensaje de Jesús: “¡No temáis, paz a vosotros, solo confiad! Mirad mis brazos y mis piernas. Soy yo!”. Se cumplió todo lo escrito en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos.

La noticia se extendía muy rápido. Como la antorcha de la paz, unos decían a otros: “¡De verdad resucitó el Señor y apareció ante Simón!”.

Mi espíritu aclamaba a Dios con Gozo. Tenía cada vez más claro por qué mi Hijo dijo a Juan desde la cruz. “Ahí está tu madre” y luego a mí: “ Ahí está tu hijo”. Me anunció que yo participaría en el nacimiento de su cuerpo —la Iglesia-, por medio del mismo Espíritu en que le concebí. Sería, por la misericordia de Dios, Madre de la Iglesia. Otra vez le repetí mi firme y fiel Sí, hágase en mí según tu Palabra.

Desde entonces, llevo a todos los creyentes y a todos los humanos en mi corazón. Deseo solamente llevarlos a mi Hijo y que sean así salvados y portadores de la salvación a otros en las sendas de la historia.

Me alegro por este encuentro en el camino hacia la cruz de mi Hijo. Que, de ahora en adelante, vuestras vidas retornen siempre hacia la luz de la resurrección que lleven la Buena Nueva a cada hombre.

Padre, gracias por esta vía en la que, con María, seguimos a Jesús. Ya no soy el mismo. Voy a vivir por otros, como Jesús, estoy decidido a caminar por el mundo haciendo el bien, iluminado por la luz de la cruz y con la resurrección, reconozco en Jesús el corazón del mundo. Ahora sé a quién me he confiado.

Mis decisiones las pongo en tus manos, Padre. Fortaléceme, levántame, círame y llévame de la mano hacia el fin de mi Vía Crucis.

Gracias por tu Iglesia, dentro de la cual y junto a otros, camino hacia Ti. Amén.